

EMPODERAMIENTO¹ POPULAR EN LA ESPAÑA FRANQUISTA: EL MOVIMIENTO VECINAL EN EL TRÁNSITO DE LA RESISTENCIA A LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS

Iván Bordetas Jiménez (CEFID-UAB)

Tiempo. De la supervivencia a la resistencia: inmigración, chabolismo, amazacotamiento

La configuración del movimiento vecinal en España hunde sus raíces en el modelo de desarrollo urbano que se implantó durante la dictadura franquista, en la forma que adoptó el crecimiento y densificación de aquellas áreas urbanas que acogieron grandes contingentes de población y, en última instancia, en la gestión que de todo este proceso hicieron las autoridades de la dictadura.² La magnitud del fenómeno migratorio supuso la constitución de mastodónticas y caóticas zonas urbanas y áreas metropolitanas, un *continuum* de suburbios chabolistas, grandes polígonos de viviendas y zonas industriales. Frente a la dimensión de este proceso, las autoridades franquistas no actuaron convenientemente sobre un problema, como el del acceso a la vivienda que, si bien venía heredado, se agravó hasta unos límites dramáticos durante el primer ventenio de la dictadura. La actuación en esta materia podría resumirse a partir de una combinación entre desidia, corrupción política, actividad especulativa desenfrenada y nula planificación racional, dejando en manos de los propios habitantes –tanto los *autóctonos* como los recién llegados– la autosatisfacción de sus necesidades.³ De la combinación de todos los factores aludidos surgió una nueva

realidad urbana en cuanto a sus vertientes cuantitativa y cualitativa: el fenómeno suburbial –el chabolismo, la autoconstrucción, la habitación de cuevas, el subarriendo o el realquilado– en una magnitud hasta el momento desconocida.⁴ En palabras del alcalde de Sabadell: «un cinturón de míseras y anárquicas construcciones, un temible cinturón de barracas y cuevas con aire de campamento medieval, donde malvivían a veces en condiciones infrahumanas compatriotas nuestros»⁵.

A partir de los años sesenta, con la intensificación del ritmo constructivo y el desplazamiento de parte de la población que no disponía de viviendas en las capitales a diferentes poblaciones de las respectivas áreas metropolitanas –a partir de la construcción de macropolígonos, tanto de promoción privada como pública– el déficit de viviendas se fue enjugando progresivamente en las grandes ciudades, y a un ritmo menor en las áreas metropolitanas, en paralelo a la lenta extinción del barraquismo.⁶ La política emprendida a partir de la constitución del Ministerio de la Vivienda en 1957 pivotó sobre dos ejes. Por un lado, la construcción, promoción y subvención del mayor número de viviendas posible, aunque ello implicara, como así fue, una nula vigilancia y control sobre la calidad de las mismas y el entorno urbano donde se asentaban, aun cuando los proyectos de urbanización –y la legislación

existente— previeran unos mínimos estándares constructivos o una serie de equipamientos, servicios e infraestructuras urbanas. Tal y como expresaba Francesc Candel:

los bloques de pisos siguen levantándose en los sitios más inverosímiles, sin orden ni concierto ni una aparente urbanización preconcebida. El resultado es una geografía ciudadana deforme, contrahecha, abigarrada y, sobre todo, amazacotada, [...] [definida por] calles sin pavimentar que se eternizan, [...] hoyos que nunca se tapan, [...] alumbrado que nunca llega, [...] falta de escuelas y centros sanitarios, [en definitiva] a ser los eternos vertederos de la ciudad.⁷

La situación de estas promociones en lugares aislados y periféricos también suponía grandes plusvalías por los bajos costes de unos suelos que, por otra parte, se recalificaban para darles este uso residencial, aunque las normas urbanas los consideraran zona verde o de equipamientos. Ello suponía, con el recurso de los planes parciales y una agresiva política urbana, abrir la puerta a sucesivas recalificaciones de los terrenos intermedios —entre la trama urbana ya consolidada y estas nuevas promociones—, muchos de ellos ya ocupados por núcleos de vivienda marginal y que, en ese momento, se convertían en apetecibles espacios para nuevos negocios. La presión de diferentes intereses especulativos —propietarios del suelo, inversores inmobiliarios como Bancos y Cajas de Ahorro y empresas constructoras e inmobiliarias— sobre unas autoridades que debían velar por el correcto cumplimiento de la legalidad, pero que muchas veces participaban del negocio de su infracción, es la que explica el modelo de desarrollo urbano que se impuso.

El segundo eje sobre el que se asentó esta nueva política tuvo que ver con la eliminación del suburbio, entendido éste como aquel espacio en el que no era posible hallar los valores culturales, políticos y sociales que el Régimen pretendía imponer, y en el que, asimismo, tampoco sería posible la generación de un consenso que, precisamente en esos años, era necesario

renovar y aumentar. Pero justamente por la adopción de ese modelo especulativo de desarrollo urbano, este intento de eliminación del suburbio así entendido no se quedó más que en el terreno de la retórica. Porque lo que no cambió entre una y otra etapa fue la inexistente provisión de servicios, infraestructuras y equipamientos en los diferentes barrios, tanto en los históricos como en los de nueva construcción, en los chabolistas, «sin las más elementales condiciones de higiene y sanidad, sin luz, sin alcantarillado para las aguas residuales, sin servicio de recogida de basuras, sin agua corriente»; y en los «barrios nuevos [...] [que] tienen la sensación de que se les deja en el más absoluto abandono en cuanto a urbanizaciones y servicios».⁸

Más allá de las condiciones materiales y objetivas de injusticia, de los déficits de equipamientos colectivos, servicios e infraestructuras urbanas —que representaron una fuente inagotable de reivindicaciones y conflictos— nos interesa aquí el proceso de asunción de tal injusticia y la aprehensión de la necesidad de la acción colectiva, la organización y la movilización para modificar y revertir tal realidad. Porque si el proceso de desarrollo urbano supuso el contexto —la base material— en el que se asentó la emergencia de un movimiento social que centraba sus demandas en las deficiencias asociadas al mismo, la actuación de organizaciones católicas, de asistentes sociales y de militantes antifranquistas, la existencia de una mínima vida asociativa o la configuración de núcleos de vecinos a partir de las redes sociales tejidas en los barrios que adquirieron conciencia sobre la problemática urbana, supusieron la base social sobre la que se fundamentó la aparición del movimiento vecinal. La existencia de unas redes sociales en estos nuevos barrios, basadas en el proceso migratorio, las cadenas migratorias que permitían un flujo de información entre los que ya estaban asentados y los que pretendían migrar o eran susceptibles de hacerlo, pero que también facilitaban el acceso a una vivienda o un trabajo o condicionaban el lugar de residencia se presen-

tan como elementos que nos permiten pensar en la existencia de unas primeras relaciones sociales en los barrios.⁹ De la misma manera, se documenta la existencia de prácticas colectivas asentadas en valores como la solidaridad, a partir de transmisión de información sobre el proceso migratorio, la ayuda mutua o el trabajo colectivo en la autoconstrucción de estas barracas, o, posteriormente, una vez instalados y arraigados en el barrio, en la autosatisfacción de ciertas infraestructuras y servicios urbanos, como un precario alcantarillado, unas fosas sépticas, un mínimo allanado de las calles, la construcción de lugares de reunión y recreo o, más adelante, cooperativas de viviendas como la surgida a partir de la Hermandad de Ahorros de Casa Antúnez en la Barcelona de 1962, mutualidades como en Otxarkoaga (Bilbao) en 1964, poco después de iniciarse la ocupación de este Poblado Dirigido para chabolistas o, en el caso del Pozo del Tío Raimundo (Madrid) en 1958, una sociedad cooperativa para el autoabastecimiento y distribución de electricidad.¹⁰ De muchos de estos primeros núcleos de relación vecinal surgirían, poco más tarde, las primeras asociaciones de vecinos del barrio. Un informe de la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas, en Vallecas, explicita estos primeros lazos de relación social en los barrios:

Nuestro barrio es fruto de nuestro esfuerzo. [...] Tuvimos que vencer dificultades increíbles para adaptar nuestra vida a la gran ciudad, para construir una nueva comunidad humana de personas que se conocen, que se ayudan unas a otras. Esta es una gran riqueza humana y social, creada a fuerza de tiempo, de paciencia, de confianza de unos en otros.¹¹

El elemento que resultó decisivo en la generación de esta identidad colectiva que situamos en la base de la emergencia del movimiento vecinal fue la homogeneidad social que se observa en estos barrios periféricos. Esta homogeneidad permitió la construcción de una *conciencia primaria* que no estaría exenta de contenido político, al estar ligada a una identidad de clase

que ya llevaba tiempo configurándose y que se asentó en una conflictividad social, sostenida y creciente, protagonizada por el movimiento obrero desde mediados de los años cincuenta, y con renovada intensidad en los sesenta.¹² La asunción de la marginación a la que estaban sometidos en sus barrios, la autoidentificación, inicialmente en negativo, con el suburbio –con el barro o la suciedad–, y la percepción de no vivir en la ciudad se presentó como el reverso de otra asunción, la de la explotación en la fábrica, la de los salarios de miseria y las pésimas condiciones de trabajo. Respecto a la cuestión urbana, todo ello era fácilmente comprobable y asimilable con la simple comparación entre el estado de los barrios que habitaban y otros por los que pasaban. La configuración de unas ciudades segregadas social, espacial y simbólicamente, con unas periferias suburbanas –bien en barrios de autoconstrucción y chabolismo, bien en los nuevos polígonos de viviendas– y unos barrios históricos degradados y altamente densificados habitados por obreros, coadyuvó a la cimentación de esta identidad basada en la homogeneidad social de sus espacios vivenciales pero también en base a las carencias y deficiencias urbanísticas que tenían que sufrir.¹³ Los primeros grupos vecinales que ensayaron reivindicaciones ya denotan esta identidad de clase, como se puede observar en la carta que un grupo de chabolistas del Cerro del Tío Pío en Madrid enviaron en abril de 1964 a la Dirección Provincial de Urbanismo y al Ministerio de la Vivienda solicitando unas viviendas en un polígono que se estaba construyendo en la zona:

Ahora, cuando tanto se habla de humanidad, es inhumano que haya viviendas deshabitadas y sólo se construyan [...] para los poseedores [sic] de la fortuna, y que nuestros hijos y nosotros estemos condenados a vivir en chabolas, por el simple hecho de ser los que construimos los grandes edificios o producimos para que se construyan.¹⁴

Ese espacio en común que representaba el barrio fue la base para el desarrollo del movimiento obrero junto con la fábrica, que se daba

en la transmisión de saberes entre aquellos que participaban de la conflictividad obrera y los que posteriormente articularon la vecinal, siendo, en algunos casos, las mismas personas las que engrosaban las filas de ambos movimientos. Esta transmisión pudo transcurrir por unos canales informales —la conversación en los espacios en común, la fábrica y el barrio de nuevo— como relata Emilio Suárez, del grupo impulsor del Centro Social Can Clos en Barcelona en 1959 a partir de la iniciativa de un grupo de vecinos: «hombres del barrio que habían padecido las secuelas de la guerra y los más jóvenes, que no la habíamos conocido, [y] como no teníamos ningún sitio para reunirnos lo hacíamos en la Barbería de Pepe». En palabras del mismo Suárez: «a partir de ese momento, gracias a esos hombres, (...) se crearon las condiciones para llegar a conseguir todo lo que hoy tenemos. Eran hombres que no sabían que con su esfuerzo y con la construcción de ese local iban a ser los artifices del cambio de forma de vida del barrio».¹⁵

De la misma manera, esa transmisión se pudo dar por unas vías más formales, bien porque la forma organizativa Comisiones Obreras (CCOO) —y las diferentes estructuras emanadas de ellas como las Comisiones Obreras Juveniles (COJ), las Comisiones Obreras de Barrio o las Comisiones de Barrio— extendiera su ámbito de acción al barrio, bien porque los militantes de estas, y de los partidos políticos, influenciaran en la formación de estructuras similares entre los vecinos y llevaran a ellas no sólo la reivindicación urbana sino también la afirmación de su condición obrera y la idea de la doble explotación: en la fábrica y en el barrio; por la dictadura franquista y por la burguesía capitalista. En varios documentos enviados a la dirección del PCE sobre la constitución y evolución, en paralelo, de las CCOO y Juntas de Vecinos en Terrassa, se evidencia esta imbricación de ambos movimientos.¹⁶ Los textos con los que se presentaban en los barrios todos estos colectivos dan buena muestra de esta ligazón

entre problemática urbana y laboral, «porque la explotación y la opresión a la que nos sometían [sic] nuestro enemigo principal (...) no se para en la fábrica, sino que continua en el barrio (...) mediante alquileres abusivos, los precios inasequibles de las viviendas, las infrahumanas condiciones de nuestras casas y calles, etc.»,¹⁷ e inciden en la diferenciación, no sólo espacial y material sino también simbólica, entre los barrios obreros y los residenciales de la burguesía o las clases medias:

La explotación no termina en la fábrica. En los barrios obreros nos encontramos sometidos a otros tipos de explotación. Todos los sabemos, 'Sarria' [sic] para los burgueses; estos que nos están exprimiendo en su empresa y están engordando su cuenta corriente gracias a nuestro trabajo; para nosotros 'Torre Baró', unas casas, mejor dicho: unas barracas, sin agua corriente, hechas de cualquier manera.¹⁸

El protagonismo de mujeres, en paralelo al colectivo juvenil, en la agitación de los barrios y en la cimentación de esta identidad y la necesidad de la acción colectiva es evidente en esta etapa inicial. *Treball*, el órgano del PSUC, ya relataba conatos de protestas y reivindicaciones protagonizadas por mujeres en los sesenta, así como también lo hacían algunos informes de las autoridades franquistas.¹⁹ Un informe del PCE de Valencia refería el trabajo que estaban realizando las militantes del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM):

las mujeres están [sic] repartidas en Comisiones de Barriada. [...] En estos momentos hay 2 comisiones que tienen una acción en torno al problema de los semáforos, una por problemas de falta de médicos de urgencia, 2 que se están moviendo en torno al problema escolar [...]. La Comisión de Malvarrosa funciona muy bien, [...] están viendo la forma de poner en marcha con un cura del barrio, de una guardería [...]. A la par continúan su acción en torno al problema del paso a nivel ([...] hicieron un escrito recogiendo 1.400 firmas reclamando un semáforo, y llevar unas 9 en delegación al Alcalde). También participan con entusiasmo en la Asociación de Vecinos.²⁰

En este punto, el elemento *clase* se convierte en una clave explicativa formidable en la generación de estas primeras sociabilidades, de estas primeras redes de relación que después desembocarían en las diferentes formas organizativas y acciones colectivas que emprendió el movimiento vecinal. Sobre ese elemento también incidieron los movimientos apostólicos. Del trabajo conjunto de estos colectivos con grupos de vecinos y militantes antifranquistas da buena cuenta un documento enviado a la dirección del PCE en abril de 1965 donde se informaba que «en Tarrasa están haciendo progresos sensacionales en la organización de las Comisiones de Vecinos, que se están eligiendo en Asambleas abiertas, completamente públicas, con el escudo de la Acción Católica»; similar proceso que se daba en Mieres (Asturias) un año después con la constitución de una Junta de Vecinos en el barrio de San Pedro, «formándola entre uno que preparó un escrito con los problemas del Barrio [...]. Interesando en el escrito a otro camarada y los dos [...] a otros dos, para empezar un católico y un sin partido [...] [que] se prestaron a colaborar para dirigirlo al organismo correspondiente acompañado de las firmas de los vecinos. Se recogieron 170». ²¹ De las memorias de una activista universitaria que se acercó a uno de estos barrios —el Pozo del Tío Raimundo— se desprende la influencia de algunos párrocos y asistentes sociales en la configuración de unos primeros núcleos de sociabilidad en los barrios:

Sobre este sector, empezó a incidir directa y continuamente una rápida acción social. Aquí bajó primero el padre Llanos esporádicamente y después de una manera definitiva (1955). Su gran actividad, honradez y eficacia pronto se hicieron sentir, actuando él y el grupo de universitarios que le siguieron (...) como *cultural brokers*, es decir como personas que se desplazan de su ambiente socio-cultural, se integran en el grupo y sirven de revulsivo y de conexión entre el mismo y las instituciones y organismos capaces de resolver sus problemas. ²²

Estos párrocos, militantes de los movimientos apostólicos o asistentes sociales se encuentran entre los promotores de diversos Centros Sociales —a veces también en confluencia con militantes antifranquistas— en diferentes barrios suburbiales que, a la vez que ofrecían espacios de reunión y sociabilidad, proveyeron de servicios asistenciales y empezaron a articular discursos críticos con respecto las deficiencias de los barrios. ²³ Fue el caso del Centro Social Besòs que rápidamente inició un trabajo cultural y de concienciación de las diferentes problemáticas del barrio a través, entre otras cuestiones, del boletín *El Besós*, que expresaba en su primer número las principales deficiencias del barrio, destacando que era un problema que afectaba a todos los vecinos y, por ello, la necesidad de un trabajo colectivo. Más adelante, se realizaba desde esta tribuna una clara afirmación de conciencia de clase, ligando la problemática urbana a la social:

El Barrio es obrero y, en consecuencia, también lo son sus problemas. El ocuparse de otros sería el no ocuparse de los del Barrio. Podemos tener muchos problemas pero todos ellos nacen de una situación que es la de nuestra condición de clase. Pueden tener nombres diferentes pero todos ellos nos atañen a nosotros, como son la falta de escuelas, los quemadores de basura, los realquilados, transportes, guarderías, salarios, precios. Todos ellos son problemas obreros, porque los tenemos nosotros. ²⁴

Las actividades que desarrollaron todos estos grupos dinamizadores en los barrios —desde actividades culturales y lúdicas hasta las asistenciales, como los dispensarios o las guarderías, pasando por la labor de concienciación y visibilización de las problemáticas y sus responsables a partir de diferentes publicaciones— supusieron la base sobre la que después se asentaría la acción colectiva y la formalización de unas estructuras organizativas entre los vecinos de los barrios. ²⁵ Por otra parte, la agresiva política urbana que acompañó al desarrollismo de los años sesenta —grandes infraestructuras de co-

municación que partían barrios o suponían desalojos masivos de población junto con diversos planes parciales que afectaban zonas marginales hasta el momento olvidadas— supusieron el acicate último para el desarrollo de estructuras organizativas estables entre los vecinos que no sólo veían cómo no se satisfacían sus necesidades básicas sino que, incluso, se les expulsaba de unas barriadas que habían construido ellos mismos. Éste es el proceso que explica el surgimiento de la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas, en 1968 (Vallecas, Madrid), o la de Torre Baró-Vallbona-Trinidad, en 1969 (Nou Barris, Barcelona). En ambos espacios, empero, el proceso de constitución de las plataformas legales no fue espontáneo ni tampoco respondió sólo al hecho inmediato de la amenaza de expulsión que suponían los respectivos planes parciales: en ambos barrios ya hacía tiempo que actuaban desde militantes antifranquistas hasta movimientos apostólicos, párrocos y asistentes sociales comprometidos, así como también ambos espacios, habitados mayoritariamente por obreros, habían sido escenario de protestas y reivindicaciones urbanas, bien a través de escritos a autoridades y prensa, bien a través de acciones más decididas en el espacio público como la sentada de centenares de vecinos el día de la inauguración de una autopista que separaba los barrios de Torre Baró y Trinitat y que no tenía previstos pasos para peatones o, ya en la zona de Vallecas, diversas movilizaciones contra las primeras noticias de expropiaciones en el Polígono de San Diego de Palomeras en 1966, una manifestación en el barrio por el deficiencias urbanísticas o huelgas de pago de contribuciones urbanas que se iniciaron en el Cerro del Tío Pío y se extendieron a diferentes barrios de esa área urbana.²⁶ La Asociación de Familias de Rekaldeberri, creada en 1966, se expresaba de esta manera sobre sus orígenes:

Un Barrio que nace «con prisas»; un Barrio que no tiene «influencias en las altas esferas»; un Barrio que pertenece a los «económicamente débiles» (predomina de gran manera el peonaje);

un Barrio que es «víctima de la especulación»; un Barrio dónde sólo «hacen casas», y se olvidan de las Escuelas, de los jardines, de las instalaciones deportivas, de pavimentar las calles, de los niños, de los ancianos...; un Barrio sin voz ni voto en el Municipio, TIENE QUE HACER FRENTE POR SI SOLO A SUS PROPIOS PROBLEMAS.²⁷

Tiempo. Ofensiva del movimiento vecinal: de la protesta a la propuesta

El movimiento vecinal se acabó constituyendo a caballo de las décadas de los sesenta y los setenta, si bien con diferentes ritmos, tradiciones y experiencias de lucha diversas, con desigual presencia en las distintas áreas urbanas del estado español —que se sumarían en masa a partir de la segunda mitad de los setenta— y a partir de variadas formas organizativas que, progresivamente, irían confluyendo en el modelo de las Asociaciones de Vecinos, una vez se demostraron las potencialidades —y la aceptación por parte de los vecinos a partir de las victorias conseguidas— de estas formas organizativas abiertas, autónomas, transparentes y con una gran capacidad de convocatoria y movilización tanto entre los propios vecinos del barrio —a partir boletines, exposiciones públicas, octavillas y manifiestos pero también de las acciones lúdicas y festivas, las asambleas y reuniones abiertas que bordeaban la legalidad franquista o las acciones colectivas que directamente la transgredían— como traspasando estos límites territoriales a partir del acceso a los medios de comunicación de la mano de periodistas comprometidos.

Una serie de características hacían del vecinal un movimiento social coherente y fácilmente reconocible ya a principios de la década de los setenta, extremo que se confirmaría rápidamente con el paso de los años. En primer lugar, por el evidente protagonismo de las clases populares —en particular la obrera—, no sólo por la localización de la gran mayoría de estas organizaciones en los barrios donde habitaban,

y por la experiencia que ya acumulaban, sino también por la definición de su identidad a partir de su condición social y de una serie de valores culturales como la solidaridad, la ayuda mutua o la cooperación colectiva y por la definición de una serie de principios que hacían que tanto los militantes, los socios y todos aquellos que participaban de sus acciones vieran la lucha urbana —y los métodos que se usaban y los que vendrían a sumarse a su repertorio como las ocupaciones de lugares oficiales, la interrupción de obras públicas y privadas, la autogestión de escuelas o parques e incluso la ocupación de viviendas— como algo justo y necesario en base a la articulación y asimilación de conceptos como la deuda social que se tenía para con ellos, la necesidad de construir una ciudad en base a su valor de uso y no de cambio o la defensa de una serie de derechos democráticos que, más allá de la tríada expresión-reunión-manifestación, planteaba la participación en lo público, en servicios como la educación o la sanidad.²⁸ Como argumentaban diversas entidades vecinales vallecanas en su propuesta urbanística para la zona:

La pasividad de la Administración ha beneficiado la acumulación de capital y el proceso de especulación del suelo, al mismo tiempo que dejó sobre las espaldas de los trabajadores la solución al problema de la vivienda. [...]. El asentamiento espontáneo ha tenido como consecuencia la aparición de un barrio en el que las viviendas carecen de unas condiciones de habitabilidad adecuadas a nuestro tiempo [...]. Es necesario que la *deuda social* que se ha contraído con los hombres más sacrificados del proceso productivo se materialice en la solución del problema de sus viviendas.²⁹

De la misma manera, la asunción de la explotación a la que estaban sometidos como obreros —en la fábrica y en el barrio— llevó, como hemos visto, a la aprehensión de la necesidad de una acción colectiva y autónoma que, a la manera de obreros y estudiantes, suponía un enfrentamiento directo al orden franquista con la reconquista del espacio público y la visibilización del conflicto social. Porque, frente a la inexistencia de

canales formales de comunicación y diálogo con las autoridades, más allá de algunas asociaciones ligadas al régimen que poco podían o querían hacer y de la petición (in)directa a través de cartas y escritos, las alternativas que quedaban eran nulas. Por otra parte, aquella asunción de aquellos derechos de los que estaban privados que fue la que empujó a los vecinos a dotarse de sus propias estructuras organizativas fue también la que asentó la asimilación del conflicto con las autoridades franquistas no sólo como algo inevitable sino incluso necesario, justo y, en última instancia, efectivo. El contexto político en el que se configuraron estas asociaciones era el de una dictadura franquista bien viva y con gran capacidad de represión y control social —como demuestran los costes represivos que asumió el movimiento vecinal en base a detenciones, disolución violenta de manifestaciones o concentraciones, suspensión de asociaciones y actos convocadas por éstas, negativa a tramitar nuevas legalizaciones, etc.—, lo que hacía que, aunque estuvieran presentes militantes anti-franquistas, la politización de estas entidades no se expresara tan explícitamente como se haría años después.³⁰ Pero, como sabemos, no es posible una comprensión global del fenómeno de la conflictividad y los movimientos sociales durante la dictadura si no se atiende a la naturaleza del propio régimen franquista, que siempre se mostró absolutamente incompatible con la existencia misma del conflicto social.³¹ La propia estructuración democrática del movimiento —a contracorriente de las formas asociativas emanadas del régimen— ya le confería una politización en la práctica que se combinaba tanto con el ejercicio directo de costumbres democráticas como la manifestación o la reunión, como con la progresiva articulación de un discurso alternativo en lo social, político y cultural. Así, de origen, el movimiento vecinal estaba preñado, tanto por acción como por omisión, de antifranquismo, deslizándose rápidamente de una inicial pérdida de confianza en las autoridades a una completa deslegitimación, de unas primeras peticiones a

las exigencias y, por último, de la protesta a la propuesta.

Este proceso de *empoderamiento popular* y de *toma de la calle*, sin embargo, no fue ni lineal ni automático. No todas las estructuras organizativas surgidas en los barrios optaron por una vía combativa y de enfrentamiento directo con las autoridades —aunque muchas de ellas tuvieron su origen mismo en el conflicto—, ni tampoco aquellas que lo hicieron abandonaron las prácticas asistenciales y de gestión de determinados servicios que caracterizaron a los primeros núcleos vecinales, así como tampoco el recurso a la concentración o a la manifestación excluía antiguas formas como la petición a las autoridades a través de escritos. Un estudio sobre la evolución del movimiento vecinal barcelonés ofrece la clave explicativa sobre la relación entre problemática y protesta urbana y como estas derivan, casi necesariamente, en una toma de posición política inequívocamente democrática frente a la inoperancia y desidia de las autoridades, las respuestas represivas y la asunción de su no representatividad de la voluntad y las necesidades populares:

Es un largo proceso, cuajado de fracasos, de gestiones que parecen inútiles, de horas perdidas, ensayos, el que va conduciendo progresivamente a nuevas tomas de posición [...]. La primitiva confianza en las autoridades [...] se ve desbordada por la inoperancia o desinterés de las mismas ante los problemas que afectan a la mayoría de la población. La carta, la instancia, la gestión, como paso obligado, enfrentan al vecindario con una realidad: las autoridades [...] no responden a los intereses populares y los 'canales' establecidos por el sistema no sirven para resolver las reivindicaciones. Únase a ello la toma de conciencia también ante las dificultades de reunión y el progresivo 'descubrimiento' [...] de que los problemas urbanos van unidos a los de clase.³²

En una segunda etapa, ya avanzados los setenta, el movimiento vecinal inició una actuación explícitamente política derivada de su propia experiencia y de las condiciones en las que ac-

tuaba:

La amnistía, la abolición de la pena de muerte, la promoción de la lengua y la cultura catalana, los conflictos obreros no se plantean en declaraciones o asambleas simplemente porque las asociaciones de vecinos jueguen un papel subsidiario en lo político. En los barrios trabajadores y populares hay despedidos, parados, presos políticos... Se trata, en definitiva, de que difícilmente puede tomarse conciencia de lo urbano, —y verificar que el alcalde o los concejales no representan los intereses de la población— sin acabar poniendo sobre la mesa las libertades políticas, el derecho a la cultura, a los sindicatos libres o a reunirse, manifestarse y expresarse sin condicionamientos previos.

Por otra parte, fue a partir de ese momento, cuando el movimiento vecinal ya estaba constituido, consolidado y definido, cuando se puede hablar con propiedad de un movimiento interclasista con la incorporación de nuevos actores a la lucha urbana —extensión del fenómeno asociativo a barrios interclasistas y de clases medias o participación activa de pequeños comerciantes y propietarios—, aunque debe apuntarse que hasta el final de la cronología que nos interesa fueron las asociaciones pioneras, aquellas que precisamente definieron el carácter de clase de este movimiento, las que continuaron liderando la lucha urbana y democrática y la generación de propuestas y alternativas en infinidad de materias como la educación, la vivienda o la articulación de la futura democracia.³³

Las Asociaciones de Vecinos se afirmaron, finalmente, como los verdaderos interlocutores colectivos de los barrios donde se asentaban y no sólo de sus asociados, asumiendo la voluntad popular cuando esta no tenía otros medios de expresión —proceso que se asentaría con la explicitación progresiva de temas políticos en sus discursos y prácticas—, como llegaban a reconocer las propias autoridades de la dictadura para el caso de la de Nou Barris en Barcelona que «es la que realmente ha asumido la representación de todos los vecinos [...] habiendo celebrado infinidad de Asambleas en diferentes locales,

sobre los problemas del barrio»³⁴ o como se presentaban ellas mismas en el caso de Terrassa:

Las asociaciones de vecinos han sido, y lo han de ser más en el futuro, la auténtica representación de los intereses populares de los barrios de Terrassa. [...] son la mejor escuela de formación de ciudadanos conscientes, que se hacen responsables del bienestar comunitario, en primer lugar del propio barrio, y de toda la ciudad como conjunto de barrios con un interés común.³⁵

Asimismo, demostraron la eficacia de la acción colectiva a la hora de defender los intereses generales, presentando victorias tangibles –freno a planes parciales u otros proyectos urbanísticos, conquistas de espacios públicos y equipamientos colectivos, etc.– y otros no tan medibles pero igualmente importantes como la creación de una conciencia cívica y el fortalecimiento de la cohesión social y el asentamiento, teórico y práctico, en el discurso y en sus actividades cotidianas, de una serie de valores basados en la necesidad de un cambio político –muchos de ellos también pensaban en términos de cambio social y económico– aparejado a una transformación del modelo de articulación de los barrios y ciudades donde vivían. Todo ello se construyó estrechamente conectado a las necesidades más sentidas por la población. Sirva como ejemplo la evolución de la lucha contra la carestía de vida, expresada de múltiples formas –boicots a mercados y transportes, negativa de pago de impuestos municipales, manifestaciones, etc.– y centrada en diferentes aspectos –transporte, alimentación, servicios urbanos, cuestiones salariales, etc.– que emprendieron las asociaciones vecinales madrileñas y que vivió entre 1974 y 1977 su punto más álgido, si bien estas reivindicaciones hundían sus raíces en la década precedente. Así, desde un inicial rechazo al aumento de determinadas tasas municipales o precios de billetes de autobús y metro, el movimiento vecinal acabó asumiendo la lucha por el cambio político y por la efectiva participación popular en la gestión de estos servicios o de la comercialización de productos básicos. Si en

junio de 1974 veinte entidades vecinales presentaban un escrito avalado por más de 20.000 firmas en «protesta ante la continuada y creciente subida de los precios en los artículos de primera necesidad, sin que se haya producido un aumento de salarios», en diciembre de ese mismo año ya eran cuarenta y dos las asociaciones que volvían a levantar su voz «ante el reiterado silencio con que han sido acogidos nuestros planteamientos». En febrero de 1975 estas asociaciones decidieron plantear una acción de fuerza que se tradujo en un masivo y ampliamente seguido boicot a los mercados. En enero del año siguiente diferentes Asociaciones de Vecinos de Madrid repasaban la lucha hasta ese momento y declaraban, en respuesta a unas manifestaciones del vicepresidente de Asuntos Económicos:

En los últimos años, las Asociaciones de Vecinos han venido exponiendo a los sucesivos Gobiernos su preocupación por las subidas increíbles de los precios y [...] del coste de la vida. Solicitaban sistemáticamente medidas de urgencia para defender el poder adquisitivo de los salarios. En ninguna ocasión lograron obtener respuesta de las autoridades. Ahora, cuando desde las más altas esferas de la Administración se hacen manifestaciones de participación ciudadana, [...] se ignoran nuestros planteamientos y se presenta como culpable del coste de la vida a las subidas de salarios [...] La interpretación de la economía española expuesta por V.E. atiende a los intereses de los grandes capitalistas, ignorando las necesidades de pueblo español que durante cuarenta años ha sostenido sobre sus hombros los costes del crecimiento económico del país. [...] Por todo ello, rechazamos su programa, que ignora nuestros intereses y que agrava aún más nuestra precaria situación económica. Exigimos que V.E. presente su inmediata dimisión, como primer paso imprescindible para posibilitar la participación ciudadana en la solución de los problemas económicos que tan directamente nos afectan.³⁶

Uno de los puntos culminantes de esta lucha fue la llamada «batalla del pan», verdadera expresión de la maduración del movimiento

vecinal por cuanto supuso de lucha coordinada de diferentes asociaciones, enfrentamiento tanto a responsables políticos como económicos, planteamiento de alternativas – prácticas, con la venta directa de pan barato y con el peso exacto en los locales vecinales y teóricas, con la presentación de propuestas para la producción y distribución–, generación de solidaridades entre diferentes sectores –desde las propias asociaciones vecinales a cooperativas, pequeños comerciantes y trabajadores– y, por último, demostración de fuerza con una manifestación que agrupó a más de 100.000 personas en Moratalaz en septiembre de 1976.³⁷ Como expresaba un documento de las Asociaciones de Vecinos de Alcorcón,

cuando se plantea el problema de la carestía de vida es porque entendemos que nos afecta y porque entendemos que hay que abordarlo globalmente y que las causas de esta situación no está en los tenderos, ni en los teléfonos de reclamación, sino en las deficiencias de la estructura de la Economía del País... Cuando se plantea la dimisión de los Alcaldes, Concejales y de otros cargos públicos (como en el caso del pan), es que entendemos que las causas que impiden la solución [sic] de nuestros problemas está en deficiencias de la propia Administración Pública... [...] Partiendo de sus problemas concretos y sobrepasando el primer escrito de reclamación, o la visita a una autoridad, nos damos cuenta que hay todo un entramado, todas unas deficiencias que son más importantes que nuestra propia reclamación social, y que pese a que nos guste o no, para resolver nuestra problemática tenemos que romper día a día ese entramado que en definitiva es la causa de toda nuestra situación. La Asociación sigue, como un río de vecinos unidos...³⁸

A medida que avanzaba la década de los setenta, el movimiento vecinal fue extendiéndose y multiplicándose al calor de los nuevos conflictos urbanos que se suscitaban –continuos planes de urbanismo y obras de infraestructura que afectaban barrios enteros, agravamiento de las condiciones de habitabilidad tanto en las zonas chabolistas como en las de reciente

construcción o empeoramiento abrupto de las condiciones de vida–, que si bien no eran desconocidos por cuanto ya se producían anteriormente, en ese momento venían a golpear sobre unas poblaciones hartas de esperar respuestas de las autoridades a sus insistentes demandas y peticiones. De la misma manera, el ejemplo de exitosas movilizaciones en otros barrios que habían arrancado de las autoridades las reivindicaciones exigidas también coadyuvó en esta ampliación de la conflictividad urbana con estas características de desafío al orden franquista. Esta era la reflexión que hacía un vecino de Ciutat Meridiana –uno de los Nou Barris de Barcelona– con respecto a la lucha urbana:

En Ciudad Meridiana hemos vuelto la vista atrás, nos hemos mirado a nosotros mismos y os hemos mirado a vosotros, los barrios vecinos. *En Ciudad Meridiana hay quien cree que nos hemos equivocado en el camino al ver como habéis solucionado los problemas que teníais [...].* En Ciudad Meridiana hay gente que piensa que los caminos legales tan largos y complicados no son para los barrios obreros como los nuestros, donde la gente no entiende de papeles. De todos modos la experiencia ha sido válida. Hemos aprendido algo. Hemos aprendido que nuestros problemas convertidos en papeles han dado vueltas por los Organismos oficiales durante CUATRO AÑOS [...]. Que os sirva de advertencia a todos: cuidado Guineueta, cuidado Torre Baró, cuidado Vallbona, cuidado Roquetes, CUIDADO NUEVE BARRIOS.³⁹

De la misma manera, Sebastián García recuerda la evolución de la Asociación de Vecinos de Lutzana, en Baracaldo a partir, entre otras cuestiones del «efecto imitación que suscitó en nosotros la intensa actividad que estaban desarrollando las primeras Asociaciones de Vecinos en Recaldeberri, Lejona, etc.».⁴⁰ Entre 1974 y 1976 esta Asociación protagonizó un intenso conflicto tanto con el Ayuntamiento de Barakaldo como con la empresa de productos químicos Sefanitro, que ya llevaba tiempo expulsando gases contaminantes sobre la ciudad y pretendía, con la aquiescencia municipal, ampliar la planta de producción de amoníaco. Después

de recabar el apoyo de profesionales, de amplias campañas de sensibilización en los medios de comunicación, masivas recogidas de firmas, gestiones con las autoridades y representantes de la empresa, acciones judiciales, asambleas y manifestaciones, la Asociación de Vecinos de Lutzana acabó confluyendo con las de Leioa y Erandio –que estaban protagonizando una lucha similar contra la empresa *Dow Chemical*–, así como con el resto de entidades vecinales de la zona del Gran Bilbao en una masiva manifestación de más de 50.000 personas en marzo de 1976 que acabó por convencer al ayuntamiento de lo inadecuado de las pretensiones de la empresa.⁴¹ Esta masificación de la acción vecinal, esta ampliación del repertorio de la acción colectiva y la creciente coordinación de luchas fue un proceso que se produjo durante los años setenta y que acabó desembocando en la creación de federaciones y coordinadoras de asociaciones de vecinos, aunque ya se pueden rastrear a finales de los años sesenta la colaboración de diferentes asociaciones para cuestiones concretas. Fue el caso, por ejemplo, de la lucha emprendida contra la Obra Sindical del Hogar en el área metropolitana de Barcelona a partir de 1969 y que, bajo el lema «Todos los barrios de la OSH unidos para reclamar sus derechos», coordinó diferentes entidades de diversas ciudades en uno de los conflictos vecinales más largos y sostenidos de todo el estado español. De entre la multitud de formas de acción colectiva que se emprendieron –desde manifestaciones y concentraciones, campañas de prensa, escritos y manifiestos a demandas judiciales o estudios y exposiciones colectivas sobre los problemas comunes y específicos de cada barrio– destacó el mantenimiento de una huelga de pago de las cuotas mensuales hasta que no se iniciaran los arreglos de los desperfectos y los problemas estructurales de los edificios que habitaban. La acción colectiva también se materializó en sucesivas manifestaciones a las sedes de las autoridades, llegándose a ocupar la Delegación Provincial de la Vivienda u otras

sedes oficiales. De la misma manera, el conflicto acabó solucionándose no sólo con la satisfacción de las demandas básicas de los vecinos, sino también con su participación activa, y de arquitectos afines, en la redacción de los planes de reforma y en la aceptación de comisiones vecinales de control del proceso, similar a como se acabaría solucionando otro gran conflicto en torno a la vivienda que habían emprendido las asociaciones vallecanas también desde finales de los sesenta.⁴² Este conflicto y su repertorio de acciones colectivas se acabarían extendiendo a otros barrios gestionados por el Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona, de la misma manera que se reproducían en otras zonas como el barrio de San Blas de Madrid.⁴³

Durante estos años se produce un fenómeno de extensión y multiplicación del movimiento vecinal, un desarrollo organizativo que supuso un crecimiento cuantitativo –mayor número de asociaciones y de socios que formaban parte–, pero también cualitativo, produciéndose un salto adelante en el grado de coordinación tanto con respecto al nivel interno del movimiento vecinal en su conjunto –consolidación de vocalías, creación de nuevas, articulación de coordinadoras de vocalías y aparición de las federaciones de asociaciones de vecinos–, como externo con los otros movimientos sociales y partidos políticos que planteaban la batalla a la dictadura franquista, produciéndose una hibridación y extensión de determinados valores sociales, políticos y culturales entre ellos y en relación con la población en general.⁴⁴ Todos estos hilos que provenían de la propia experiencia del movimiento acabaron desembocando en una tupida red social en la que el movimiento vecinal se acabó afirmando como uno de los principales ejes de participación política para la población en general. Su capacidad para abarcar diversas sensibilidades políticas del antifranquismo y para abordar e interrelacionar diferentes cuestiones que afectaban la vida de la población –desde aquellas más concretas asociadas a la propia cotidianidad como la escuela o el

alumbrado que faltaban hasta las más generales como el modelo de democracia a construir y los derechos ciudadanos a definir— convirtieron el movimiento vecinal en un espacio de referencia, primero del antifranquismo y después de las demandas de profundización de la democracia conquistada. En muy pocos años, el movimiento vecinal se acabaría estableciendo como el nodo central de una sociedad altamente movilizadora contra el régimen franquista, como el gran espacio para una intervención popular abierta y autónoma, allí donde se pusieron en práctica formas democráticas y asamblearias de participación y acción política, allí donde los partidos políticos de la izquierda antifranquista encontraron un espacio donde poder desarrollarse con cierta *libertad*, allí donde determinadas individualidades y colectivos —desde periodistas a arquitectos, aparejadores, abogados, urbanistas o economistas— hallaron la forma de participar de la lucha antifranquista desde la base,⁴⁵ allí donde se construyó una gran caja de resonancia para las luchas obreras y, progresivamente, para la extensión de aquellas reivindicaciones más explícitamente políticas como la amnistía, las libertades civiles o la democracia política, pero también la participativa, la de base, aquella que contemplaba la autogestión o la gestión colectiva de la enseñanza o la sanidad, la municipalización del suelo o la vivienda como derecho social básico. Como reconocían las propias autoridades franquistas para el caso de Santa Coloma de Gramenet, explicitando el protagonismo del movimiento vecinal:

Es evidente que las alteraciones que constantemente se promueven por grupos políticos calificados y que dirigen los sacerdotes ubicados en el «FONDO» principalmente dirigidos por [...] Jaime P. Sayrach, así como un grupo de redactores de la Revista GRAMA [...] de manifiesta filiación marxista-socialista, tienen el terreno abonado, ya que la actuación [...] del alcalde, las constantes infracciones públicas de algunos miembros del Consistorio [...], la total ineficacia para abordar los problemas que de crecimiento y ubicación

tiene la Ciudad, [...] el no poner el Municipio los adecuados medios para la escolarización y cuantos problemas afectan a la vida familiar, es campo abonado. La gravedad de esta circunstancia estriba en que se trata de una verdadera unidad de formación político-marxista, que extiende sus actividades a las empresas en donde prestan sus servicios [...].⁴⁶

Igualmente, fue a partir de la cobertura de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona y otras de Badalona, Hospitalet y Cornellà de Llobregat que pudo convocarse abiertamente una manifestación por la amnistía como la que se celebró en febrero de 1976 y que, pese a la no autorización gubernativa, reunió a entre veinticinco mil y setenta mil personas⁴⁷. De la misma manera, fueron las asociaciones vecinales las que plantearon no sólo la deslegitimación de las autoridades políticas de la dictadura sino las que, pública y abiertamente, exigieron la dimisión de muchos de estos cargos —en 1975 a partir de documentos públicos como el *Manifiesto de los 22* y el *Manifiesto de los 51* en Cornellà de Llobregat y Santa Coloma de Gramenet—⁴⁸ llegando a conseguir la destitución de alcaldes —como en Bilbao en 1975 o en Sabadell en 1976—⁴⁹ o a motivar una carta de varios alcaldes de la comarca del Baix Llobregat al gobernador civil de Barcelona donde expresaban la «total soledad y total olvido» en que se encontraban por la presión constante a que eran sometidos por parte de la sociedad civil movilizadora, lo que les llevaba a notificar «la imposibilidad de seguir en nuestros cargos sin un serio planteamiento y clarificación de nuestra situación».⁵⁰ De igual manera que el alcalde de Rubí, en el cinturón obrero barcelonés, reconocía que «el auge de las ‘asociaciones de vecinos’ y su intervención constante en 1977, que encubren su misión con una verdadera labor política de partido, provocó la dimisión del Alcalde y a continuación la de los dos tenientes de Alcalde y algunos concejales».⁵¹

Tiempo. De la calle a la institución: movimiento vecinal en crisis

Las Asociaciones de Vecinos en la encrucijada. El movimiento ciudadano en 1976-77. Así se titulaba un volumen sobre la experiencia del movimiento vecinal —en primera persona— en esas fechas claves de la historia política del estado español en que «si 1976 ha sido el año del boom del movimiento asociativo, para algunos, 1977 está siendo el año de la crisis de los movimientos vecinales». ⁵² Jesús Omeñaca, un dirigente del movimiento vecinal bilbaíno, se refería a una charla-coloquio celebrada en marzo de 1977 por la Semana de Barrios de Zaragoza con representantes de diversas ciudades —Barcelona, Madrid, Valencia, Pamplona, Vizcaya y Zaragoza— donde se afirmaba que «todos los ponentes estábamos de acuerdo, y la Asamblea también, que el MOVIMIENTO CIUDADANO está ahora en crisis. [...] La razón global que se aducía era que la crisis está originada por la situación política actual». ⁵³

Sin embargo, muchos autores se han referido al proceso de crisis y estancamiento del movimiento vecinal a partir de las elecciones municipales de 1979, momento en el que perderían sentido y legitimidad algunas de las reivindicaciones y formas de acción colectiva en un contexto ya democrático y, por tanto, según esta perspectiva, de asunción de estas demandas. Por otra parte, se produjo una profesionalización de parte de los militantes del movimiento vecinal, bien integrándose en los nuevos consistorios —numerosos alcaldes, concejales y técnicos provinieron de sus filas— bien insertándose de pleno en sus respectivas vidas profesionales como fue el caso de numerosos periodistas, abogados o arquitectos que antes incidían el movimiento vecinal como forma de participación política. ⁵⁴ Sin negar éstos y otros factores que fueron claves en la coyuntura posterior a 1979, lo cierto es que otro elemento se hace importante a la hora de comprender las precedentes afirmaciones sobre las señales de crisis de un movimiento vecinal que, por esas mismas

fechas de 1977, todavía protagonizaba una gran movilización, arrinconando a los todavía ayuntamientos de la dictadura y manteniendo vivas las luchas que venían de años anteriores dotándolas de mayor carga política, profundizando en las propuestas, tanto a nivel teórico con los planes populares de urbanismo alternativos a los oficiales —numerosos casos en Barcelona, Madrid o Vizcaya— como a nivel práctico con el ensayo y consolidación de la autogestión de equipamientos colectivos —experiencias de las llamadas *Escuelas en lucha* de Barcelona, el caso del Colegio Popular Asambleario de Badalona o la Biblioteca Popular y la Universidad Popular de Rekaldeberri en Bilbao—, con la oleada de ocupaciones de viviendas que recorrió diferentes ciudades del estado ese mismo año o con algunas experiencias de *gestión municipal* como en Llodio o Rentería en Euskadi. ⁵⁵ Porque, como reconocía el delegado provincial de Educación de Barcelona, los principales problemas con los que se encontraba eran «las ansias de ‘participación’ en asuntos públicos [que] comporta la ingerencia [sic] de las Asociaciones de Padres de Alumnos [...] y la de los Vecinos que ‘exigen’, no pocas veces ‘soluciones’ en contra de la legalidad vigente».

Así, retomando el hilo, el otro elemento explicativo que se presenta como clave para entender la crisis del movimiento vecinal en 1977 nos lo explican sus propios militantes. En este sentido, la Asociación de Vecinos de Nou Barris en Barcelona se preguntaba «cuál ha de ser su papel en esta etapa política donde intervienen muchas más fuerzas y organizaciones que en etapas anteriores», a la vez que se quejaba del «abandono de las AAVV de militantes y afiliados a partidos al considerar superadas políticamente las AAVV». ⁵⁷ Por su parte, la de Sant Andreu, también en Barcelona, constataba una «certa paralització de les nostres inquietuds» en paralelo a que «elements actius de l’Associació s’han vist absorbits amb tasques de Partits i Sindicats» —⁵⁸. De la misma manera se expresaba un socio de una entidad vecinal de Santa Coloma

de Gramenet

Soy socio de la Asociación de Vecinos del Fondo y uno de sus fundadores [...]. He faltado escasamente a las asambleas, así que, poco a poco, me he ido dando cuenta del cariz que tomaban las cosas ya que al principio no conocía al personal. Pronto me di cuenta de que éramos manejados como muñecos de paja porque se fueron introduciendo miembros de partidos que encontraron muy cómodo agruparse a la Asociación donde paulatinamente se iban manifestando. En principio, me parecía lógico que así lo hicieran pues, por desgracia, anteriormente nadie podía exponer sus ideas y tengo que añadir que estos partidos son muy necesarios. Pero ahora viene lo bueno: se legalizaron los partidos que hoy tienen sus sedes respectivas, y las Asociaciones de Vecinos ya no les interesan. Pero no sólo eso, sino que se niegan a que las Asociaciones tengan opción a enterarse de cómo funciona el Ayuntamiento, cosa que ellos pueden hacer y añaden los partidos que lo mejor sería que las Asociaciones desapareciesen.⁵⁹

En ese mismo foro, uno de los más representativos del movimiento vecinal catalán, se sucedieron los artículos, a partir de las elecciones de junio de 1977, sobre las dudosas perspectivas de futuro del movimiento vecinal, inseguridad que se asociaba al hecho que los partidos políticos, ante la nueva situación, iniciaron la ofensiva de aparecer públicamente a la superficie. Así los militantes políticos, que hasta entonces habían dedicado bastante atención a las Asociaciones, al abandonar su clandestinidad, se vieron pronto sobrecargados de otras responsabilidades que les atraían más y, poco a poco, se fueron desatendiendo de las tareas asociativas. Esta actitud llegó a extremos alarmantes en la campaña electoral. Las Asociaciones estuvieron casi desiertas y sus actividades —donde las hubiera— reducidas al mínimo. La política competitiva de las urnas lo absorbía todo.⁶⁰

Una visión que también era compartida por el partido con mayor influencia en el movimiento vecinal catalán, ya que «l'aparició dels partits polítics i el seu protagonisme exclusiu en

la campanya electoral no solament han centrat l'atenció dels militants i de gran part de l'opinió pública envers ells mateixos, sinó que han desenvolupat la tendència a l'abandonament de les organitzacions populars».⁶¹ Esta tendencia se confirmaba todavía en octubre de 1979 cuando, en una reunión del Comité Central del PSUC, se afirmaba que

el problema amb les AA VV en aquests moments no és tant la seva existència quantitativa, sinó un cert abandó per part dels grups polítics, i dels seus militants inclosos els nostres; [...] els partits polítics hem tendit, inclosos nosaltres, a uns plantejaments institucionals, a uns plantejaments d'objectius polítics que eren absolutament necessaris en aquesta etapa, però que quedaven allunyats del que eren les possibilitats d'intervenció pràctica de la població.⁶²

Una institucionalización que también observaba el que fuera presidente de la Asociación de Vecinos de Arangoiti, en Bilbao, en esas mismas fechas:

a partir de 1977 el movimiento ciudadano comenzó a experimentar un reflujo frente a la intensa actividad desarrollada durante los últimos años. Al igual que ocurriera con el movimiento asambleario obrero, la legalización de los partidos políticos y sindicatos canalizó en cierto modo la situación y reorientó las luchas populares hacia una un progresiva institucionalización de la vida social y política.⁶³

Porque, como también reflexionaba Víctor Renes, militante vecinal madrileño, «cuando se dice que el M. Ciudadano debe encontrar su lugar, entiendo que se da por hecho que ocupaba un lugar indebido, lugar que en la nueva situación, deben ocupar los partidos de izquierda. Este es un punto para mí muy dudoso. ¿Debemos reinventar la identidad del M. Ciudadano? Esto es como decir que no tenía licencia de ocupación en un tema que ahora corresponde a los partidos».⁶⁴

La problemática fundamental que se estaba dirimiendo en el llamado *periodo constituyente*

que se abría con las elecciones de 1977 era el de los límites que se habrían de imponer al proceso de cambio político, un momento en el que, pese al azote del paro y la crisis económica, se estaba produciendo una intensa movilización social y, por lo que respecta al movimiento vecinal, se debía evitar el peligro de un «doble poder» o «poder popular». Así, el PSUC y el PCE se verían, en esta coyuntura, en una situación delicada, haciendo equilibrios entre la apuesta por el protagonismo de los partidos políticos legitimados por las urnas en el proceso de transición y una sociedad ampliamente movilizada a partir de unos movimientos sociales que reclamaban poder participar más allá del voto. Tal y como se afirmaba en un documento del PCE de Euskadi, «salvo EE [Euskadiko Ezkerra] todas las fuerzas políticas con representación parlamentaria en Euskadi, se sienten profundamente incómodas en presencia de un Movimiento Ciudadano que, a pesar de sus crisis, se les aparece como 'otro' protagonista de la vida municipal». ⁶⁵ La firme apuesta por unas comisiones municipales de partidos políticos, que se formaron tras las elecciones de junio de 1977 con el objetivo de fiscalizar la actuación de los ayuntamientos franquistas hasta la convocatoria de las municipales no deja mucho margen de duda, pues la deliberada negativa a la participación de las Asociaciones de Vecinos en estos organismos se mantuvo aunque, como reconocía Jordi Borja, máximo encargado del movimiento popular del PSUC, el «problema més delicat és sens dubte el de les associacions de veïns» ya que «el seu camp d'acció coincideix amb el de les comissions de partits i, en general, el coneixen millor». ⁶⁶ En última instancia, como expresaba de forma contundente Manuel Vázquez Montalbán:

La vitalitat d'aquelles lluites democràtiques mogudes per la *societat civil*, encara emparades i a vegades articulades per formacions polítiques clandestines, va suscitar l'esperança que una vegada arribada la democràcia, aquestes moviments socials contribuirien a donar-li un caràcter de democràcia plenament participativa. No va ser així per les regles del joc imposades per la Transició, en part per la

covardia de les formacions polítiques d'esquerra que van témer el *basisme* desestabilitzador dels moviments socials i molt preferentment el dels veïns. La pèrdua de protagonisme dels moviments socials va repercutir en la progressiva mediocritat de la democràcia participativa. ⁶⁷

De la misma manera que, como afirman Albert Recio y Andrés Naya, militantes del movimiento vecinal barcelonés,

la importancia y oportunidad del movimiento vecinal de los setenta no supone que las diferentes corrientes de izquierda tuvieran un percepción clara de cual debería ser su papel en una estrategia de transformación. En muchos casos predominaba una visión instrumental del mismo, mero espacio de intervención con cobertura legal y de agitación para ampliar las contradicciones y conflictos que pudieran llevar a la ruptura democrática o a la revolución socialista (según el radicalismo de diversos partidos), pero faltaba en muchos casos una reflexión profunda de su papel en un proceso de democratización real. ⁶⁸

Finalmente, las elecciones municipales de 1979 vendrían a confirmar estas líneas de crisis de un movimiento vecinal que si bien, en líneas generales, aportó gran parte de las propuestas y algunos de los candidatos de los partidos políticos de tradición antifranquista que se harían con el poder en las principales ciudades del estado, a partir de esa fecha quedarían aparcadas algunas otras de las grandes propuestas que había articulado un movimiento vecinal que se encontró no sólo descapitalizado con la fuga de numerosos activistas —ya fuere, desde dos puntos de vista extremos, por el llamado *desencanto* o por la sensación de que el trabajo ya estaba hecho con la conquista de la democracia local— y antiguos compañeros de viaje —militantes de partidos políticos o profesionales liberales—, sino también enfrentado a unas prácticas políticas rápidamente profesionalizadas y difícilmente accesibles; así como azotado por un cambio de ciclo de las protestas, por el impacto sostenido de la crisis económica y por la pérdida de protagonismo en el panorama asociativo con

la enérgica (re)aparición de otros movimientos sociales como el ecologista, el antimilitarista o el feminista.

NOTAS

- ¹ Utilizo aquí el término *empoderamiento*, que tomo prestado de diversos movimientos sociales como el (trans)feminismo, como aquel proceso mediante el cual determinadas individualidades y colectivos marginados o sometidos desarrollan teorías –discursos– y prácticas –acciones– autoemancipatorias, de comprensión de su subordinación, de afirmación identitaria en positivo y de, entre otras consideraciones, autodotación de recursos políticos y culturales de liberación. Este texto está enmarcado en un proyecto de investigación más amplio –adscrito al CEFID-UAB y financiado por el programa FI de la Generalitat de Catalunya– tendente a la redacción de una tesis doctoral sobre el movimiento vecinal en la España del tardofranquismo y el cambio político.
- ² Me he dedicado anteriormente a estas cuestiones en BORDETAS, Iván, *Del suburbio al barrio: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*. Tesina de doctorado, UAB, 2009; en la comunicación «Ni tú ni yo somos nadie si tú y yo no somos nosotros: los orígenes del movimiento vecinal en Catalunya» presentada al X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Santander, 16-17 de septiembre de 2010 y, más recientemente, en «De la supervivencia a la resistencia: la gestación del movimiento vecinal a la cataluña franquista» en C. Molinero y P.Ysàs, *Construint la ciutat. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició (1964-1980)*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 29-106.
- ³ Sobre estas cuestiones véanse, por ejemplo, MARÍN, Martí (dir.), *Memòries del viatge. 1940-1975*, Sant Adrià de Besòs, Museu d'Història de la Immigració de Catalunya, 2009; BABIANO MORA, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI y Fundación I.º de Mayo, 1995; PÉREZ PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área del Gran Bilbao [1958-1977]. Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- ⁴ Sobre el desarrollo del fenómeno suburbial véanse, para el caso vizcaíno CASTRILLO, Iñire, «Bilboko txabolismoa. XX. Mendearen erdialdeko auzo autogestionatuak», *Uztaro*, 60 (2007), pp. 37-64, y BILBAO LARRONDO, Luis, *El Poblado Dirigido de Otxarkoaga: del Plan de Urgencia Social de Bizkaia al Primer Plan de Desarrollo Económico. La vivienda en Bilbao (1959-1964)*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008. Para Madrid, J. MONTES, M. PAREDES y A. VILLANUEVA, «Los asentamientos chabolistas en Madrid», *Ciudad y Territorio*, 2/3 (1976), pp. 159-173 y E. LEIRA, J. GAGO e I. SOTELO, «Madrid, cuarenta años de crecimiento urbano», *Ciudad y Territorio*, 2/3 (1976), pp. 43-67. Para el caso de Catalunya, me he dedicado en BORDETAS, Iván, «Habitatge i assentaments, de la postguerra a l'estabilització» en M. Marín (dir.), *Memòries...*, pp. 51-69.
- ⁵ MARCET, José María, *Mi ciudad y yo. Veinte años en una alcaldía. 1940-1960*, Barcelona, Dúplex, 1963, p. 286-287.
- ⁶ Sobre la política urbana y de vivienda, TAFUNELL, Xavier, «La construcció: una gran indústria i un gran negoci», en J. Nadal (dir.), *Història econòmica de la Catalunya contemporània*, vol. 6. Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 1989, pp. 213-241; FERRER, Amador, *Els polígons de Barcelona. L'habitatge massiu i la formació de l'àrea metropolitana*, Barcelona, UPC, 1996; LLORDÉN, Moisés «La política de vivienda del régimen franquista: nacimiento y despegue de los grandes constructores y promotores inmobiliarios en España, 1939-1960», en G. Sánchez Recio y J. Tascón Hernández (eds.), *Los empresarios de Franco: política y economía en España, 1936-1957*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 145-169. También son de interés COTURRELO, Agustín, *La política económica de la vivienda en España*, Madrid, CSIC, 1960 y TERÁN, Fernando de, *Planeamiento urbano en la España contemporánea: historia de un proceso imposible*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- ⁷ CANDEL, Francisco, «El amazotamiento», *Cuadernos de Arquitectura*, 60 (1965), pp. 5-6.
- ⁸ JOANIQUET, Aurelio, «Influencia de la estructura económica de España en los movimientos migratorios internos» en *Los suburbios 1957. Compendio de las ponencias y coloquios desarrollados durante la Semana del Suburbio*, Barcelona, [s.n.], 1957, pp. 19 y 32.
- ⁹ Sobre la existencia de estas redes y su importancia en la constitución de movimientos sociales como el obrero y el vecinal, véanse los testimonios orales recogidos en BOTEY, Jaume, *Cinquanta quatre relats d'immigració*, Barcelona, Fundació Serveis de Cultura Popular, 1981.
- ¹⁰ ORTIZ, Elies, *Relat d'una experiència. Barri de Can Tunis*, Barcelona, Claret, 1997; PAREDES, Jesús Mari, «Otxarkoaga» en M. Toral (coord.), «Movimientos ciudadanos en Bilbao: Rekaldeberri, Otxarkoaga, S. Francisco», *Bidebarrieta*, X (2001), pp. 229-248 y *Llamarse barrio. El Pozo del Tío Raimundo*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1986, p. 62.
- ¹¹ *Informaciones*, octubre 1970, citado por ANGULO, Javier, *Cuando los vecinos se unen*, Madrid, Propaganda Popular Católica, 1972, p. 46.
- ¹² Sobre esta cuestión, al margen de los ya citados de BABIANO MORA, José, *Emigrantes...* y PÉREZ PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero...*, véanse BALFOUR, Sebastian, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el Área Metropolitana de Barcelona. 1939-1988*, València, Alfons el Magnànim, 1994 y, especialmente, DOMÈNECH, Xavier, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político: pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2008.
- ¹³ Sobre la generación de una identidad colectiva en el movimiento vecinal –ya desde sus primeros núcleos militantes– a partir de su condición de clase, véanse los trabajos de MARTÍNEZ i MUNTADA, Ricard, *El moviment veïnal a l'àrea metropolitana de Barcelona durant el tardofranquisme i la transició: el cas de Sabadell (1966-1976)*. Tesina de doctorado, Universitat Pompeu Fabra, 1999; «El moviment veïnal en el tardofranquisme i la transició: conflicte, identitat obre-

- ra i valors alternatius», en E. Prat (coord.), *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2004, pp. 71-91 y «El movimiento vecinal en el tardofranquismo: acción colectiva y cultura obrera. Propuestas y problemas de interpretación», comunicación presentada al IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Murcia, 2008.
- ¹⁴ Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE). Nacionalidades y Regiones. Castilla-La Mancha/Castilla-León/La Rioja. Jacq. 426.
- ¹⁵ SUÁREZ, Emilio, *Can Clos. Historia de un barrio obrero*, Barcelona, CIMS, 1997, p. 33-34.
- ¹⁶ «Carta de Blas.Tarrasa», septiembre de 1966. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Cataluña (PSUC). Jacq. 1490. Se relatan diversas asambleas conjuntas que tratan desde cuestiones ligadas a condiciones laborales y urbanas.
- ¹⁷ «Programa de las Comisiones Obreras de Barrio», marzo 1969. AHPCE. Movimiento obrero. Comisiones Obreras. Comisiones Obreras de Madrid. Comisiones Obreras de Barrio. Comisión Provincial. Jacq. 297.
- ¹⁸ «Las 'escuelas' de Torre Baró», *Boletín Informativo del Sector Nord-este*, I (junio 1968). Subrayado en original.
- ¹⁹ «Les dones manifesten davant l'Ajuntament», *Treball*, octubre de 1965; «Una comissió de dones a l'alcalde de Tarragona», *Treball*, enero de 1968 y Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (AHGCB). «Pequeña concentración de mujeres ante al Ayuntamiento de Badalona», 2-VI-1967. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 65. Comarcas, años 1965, 1966, 1967, 1968. Recientes interpretaciones de género sobre la participación de las mujeres en el movimiento vecinal en FERNÁNDEZ, Eva, *Vocalies de dones de Barcelona a la transició: una experiència emancipadora*, tesina inédita de doctorado, Universidad de Barcelona, 2009 y RADCLIFF, Pamela, «Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos y la identidad de género en los años setenta» en V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid (1968-2008)*, Madrid, Los libros de la catarata, 2008, pp. 54-78. Véase también FEBO, Giuliana di, «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo. Un ejemplo de utilización de la «Historia de género» en J. Tusell, A. Altet, A. Mateos (coords.), *La Oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Madrid, UNED, 1990. Tomo II, p. 251-260.
- ²⁰ «Información de Valencia», 30-X-1970. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Levante. Jacq. 292. Similares informes se encuentran para otros puntos del estado: «Informe de la organización de mujeres de Madrid», 3 de enero de 1969. AHPCE. Organizaciones de Mujeres. Movimiento Democrático de Mujeres. Informes. Caja 117. Carpeta 2/3, donde se informaba de que «hay trabajos interesantes de verdad por la movilización de las mujeres [...]». Tal es el caso de Orcasitas, donde en día y medio y para una denuncia al periódico de las condiciones del barrio se han recogido un montón de firmas –200 firmas– y lo van a llevar ellas mismas, se pretende que en una comisión muy amplia. Otro semejante ha sido ya entregado por Carabanchel con quinientas firmas de mujeres de la barriada pidiendo zonas verdes para los niños y escuelas».
- ²¹ «Carta de G. a Emilio», abril 1965. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Cataluña (PSUC). Jacq. 1760 y «Junta de Vecinos del Barrio de San Pedro-Mieres», 11 de abril de 1967. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Asturias/Cantabria. Jacq. 225. Diversos estudios locales también demuestran la implicación de militantes de movimientos apostólicos, antifranquistas y núcleos vecinales en barrios obreros de distintos puntos del Estado, como la formación en 1967 de la Asociación de Vecinos Virgen de la Caridad en Cartagena, la Asociación de Cabezas de Familia Fueclaya de los barrios de Fueros, Clavijo y Yagüe (Logroño) o la Asociación de Vecinos del barrio leonés de Pinilla en 1970, liderada por el que había sido presidente de la HOAC de la diócesis leonesa hasta 1968. MARÍN, Isabel, *Asociacionismo, sociabilidad y movimientos sociales en el franquismo y la transición a la democracia*. Murcia, 1964-1986. Tesis doctoral, Universidad de Murcia, 2007, p. 486; MARTÍNEZ, David, «Los movimientos sociales en la provincia de León durante la etapa inicial de la Transición: 1975-1977», *Estudios Humanísticos. Historia*, 3 (2004), p. 190 y FANDIÑO, Roberto Germán, *Historia del movimiento ciudadano e historia local. El ejemplo del barrio de Yagüe en Logroño (1948-1975)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003.
- ²² MOLINA, Esperanza, *Los otros madrileños. El Pozo del Tío Raimundo*. Madrid, Editorial El Avapiés, 1984, p. 21.
- ²³ Sobre el trabajo de diferentes grupos católicos en diversos barrios vallecanos, CASTELLANOS, Luis H. y COLORADO, Carlos, *Madrid, villa y puente. Historia de Vallecas*, Madrid, El Avapiés, 1988, pp. 156-157. Sobre el trabajo que estaban realizando diferentes grupos apostólicos dan buena cuenta las respuestas a los diferentes cuestionarios que periódicamente respondían a indicación de instancias superiores. Es el caso, por ejemplo, de las respuestas ofrecidas por los Grupos Obreros de Estudios Sociales –grupos de estudio de la HOAC sobre problemática socioeconómica y política de las clases populares– durante el cursillo de formación de 1963-64 a la pregunta sobre su «acción militante». El GOES de Cruces, en Baracaldo, afirmaba que «en el Grupo de Acción de la Parroquia los principales centros de interés han sido los problemas de los barrios», mientras que el de Barcelona estaba realizando «clases de cultura obrera en una Barriada concreta, que se tiene preparado el realizar en otras Barriadas; [...] constitución de un Centro Social, [...] [y] conseguir no se aumentaran los alquileres a un grupo de 86 vecinos, sigue la acción. Estudio sobre la situación escolar de la Barriada; clases de cultura obrera; un centro social». Archivo General de la HOAC (AGHOAC). GOES. Cuestionarios Caja 75. Carpeta 1. Cuestionarios 1963, 1964. Contestaciones, resúmenes.
- ²⁴ *El Besós*, (julio 1968).
- ²⁵ Entre las publicaciones de barrio que ofrecieron la *cobertura ideológica* para la constitución del movimiento vecinal deben citarse, porque acabaron convirtiéndose en revistas vecinales de referencia más allá de su ámbito concreto de actuación, *Recaldeberri*, en el barrio *homónimo* de Bilbao o *Gramma* en Santa Coloma de Gramenet.
- ²⁶ «La indignació esclata a Torre Baró-La Trinitat. Dos mil

- veïns envaeixen l'autopista Barcelona-Granollers», *Treball*, n° 313 (noviembre 1969). La noticia también la recogió *La Vanguardia* el 4 de noviembre: «Efectuaron una «sentada» en las calzadas de la autopista inaugurada ayer. En protesta por la deficiente planificación de intercomunicaciones para dos sectores del barrio de Torre Baró». Sobre Vallecas, respectivamente, «La manifestación de Palomeras», *Vallecas Popular*, 1 (enero 1969) y *Vallecas Obrero. Portavoz de la Coordinadora de Comisiones Obreras de Vallecas*, sin fecha pero con referencias que lo sitúan entre fines de los sesenta y principios de los setenta.
- ²⁷ Asociación de Familias de Rekaldeberri, *El libro negro de Rekaldeberri*, Barcelona, Dirosa, 1975. Mayúsculas en el original. En ese mismo año se creaba también en Bilbao la Asociación de Familias Gure Etxea-Nuestra Casa en los barrios de Uribarri, Trauko y Zurbaran a partir de la confluencia entre núcleos obreros y un sector de la comunidad parroquial. LÓPEZ, Raúl, «Uribarri entre dictadura y democracia: dinamismo y cambio social» en J.A. Pérez Pérez (coord.), *Bilbao y sus barrios: una mirada desde la historia*. Vol 3, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008, pp. 121-122.
- ²⁸ Sobre los valores que guiaban al movimiento vecinal y su fuerte impronta anticapitalista, MARTÍNEZ i MUNTADA, Ricard, «Construir futurs. La dimensió anticapitalista del moviment veïnal» en C. Molinero y P.Ysàs, *Construint la ciutat...*, pp. 259-311.
- ²⁹ CIDUR, *Madrid/Barrios*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1976, pp. 152-153.
- ³⁰ Sobre la presencia de militantes antifranquistas en las Asociaciones de Vecinos, MARTÍ, Josep, *Relació entre Associacions de Veïns i partits polítics. Barcelona 1970-1980*. Tesina inédita, ICESB, 1981.
- ³¹ YSÀS, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.
- ³² ALIBÉS, Josep Maria, MIGUÉLEZ, Faustino, PARDO, María José Pardo y otros, «La lucha de los barrios de Barcelona 1969-75», *CAU*, 34 (noviembre-diciembre 1975), pp. 26-117.
- ³³ Sobre la interpretación clásica del movimiento vecinal según la cual su importante contribución a la crisis de la dictadura recayó, principalmente, en su carácter interclasista y, por ende, en su capacidad para organizar y movilizar amplios sectores ciudadanos en contra de la política urbana franquista y la dictadura misma véase, fundamentalmente, CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza, 1986.
- ³⁴ AHGCB, Informe sobre el movimiento vecinal en Nou Barris, 21-IV-1975. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 207. Delegación Provincial del Ministerio de la Vivienda 1974, 1975.
- ³⁵ Archivo Nacional de Catalunya (ANC), «Declaración de las Juntas de Vecinos». Fondo PSUC. 2393. Terrassa. Septiembre, 1966-junio, 1975.
- ³⁶ Documentos recogidos en CIDUR, *Madrid/Barrios...*, pp. 138 y 140-141.
- ³⁷ «Cien mil madrileños se manifiestan contra la carestía de la vida», *La Vanguardia*, 15 de septiembre de 1976. Se puede seguir este conflicto en MARTÍN PALACÍN, José Luis, *Movimiento ciudadano y defensa del consumidor. La batalla del pan en Madrid*, Madrid, Ayuso, 1978.
- ³⁸ CIDUR, *Madrid/Barrios...*, pp. 85-86.
- ³⁹ «Ciudad Meridiana. Historia de cómo las instituciones no funcionan ni cuando se ponen en movimiento», *9 Barrios. Hoja informativa de la Asociación de Vecinos del sector Vallbona-Torre Baró-Trinidad* (febrero 1974). Cursiva y mayúsculas en el original.
- ⁴⁰ GARCÍA TRUJILLO, Sebastián, «La contaminación nos hizo pueblo», *Bidebarrieta*, X (2001), pp. 120. Cursiva en el original.
- ⁴¹ «Manifestación contra la construcción de una planta de amoníaco en Baracaldo», *La Vanguardia*, 16-III-1976.
- ⁴² Sobre la lucha contra la OSH en Catalunya ver, a modo de ejemplo, algunos materiales que editaron las propias asociaciones, *Informe barrios Obra Sindical del Hogar*, 1973 o «Dos años de lucha contra la O.S.H.: abril 1973-abril 1975», separata de la revista *9 Barrios*, abril de 1975. Sobre el caso de Vallecas, IVIMA, *Vallecas: un nuevo distrito. La remodelación de Palomeras*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987.
- ⁴³ «San Adrián de Besós. Los vecinos de la Mina deciden no pagar los alquileres», *La Vanguardia*, 21-V-1976. Sobre San Blas, AAVV de San Blas-Simancas, *Informe sobre San Blas I*. Madrid: [s.n.], 1976.
- ⁴⁴ Sobre el desarrollo cuantitativo del movimiento vecinal, valga como ejemplo el caso catalán: si a mediados de los setenta se contabilizaban más de 300 asociaciones que agrupaban más de 100.000 socios, el año 1979 ya eran más de 600 las asociaciones que se censaron en el marco del I Encuentro de Asociaciones de Vecinos de Catalunya. Respectivamente en ALABART, Anna, «Els moviments socials urbans a Catalunya», *Revista Catalana de Sociologia*, 7 (1998), p. 17 y ANC, «Desenvolupament, conclusions i cens. I Assemblea de les Associacions de Veïns de Catalunya. Manresa, diumenge 2 de desembre de 1979». Fondo PSUC. 2350. Activitat de diverses entitats i moviments ciutadans reivindicatius, 1970-1979. En Vizcaya eran 25.000 socios y 123 las organizaciones existentes a finales de los setenta, mientras que Madrid sumaba un centenar de entidades y 60.000 socios. En, respectivamente, URRUTIA, Víctor Urrutia, *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Oñate, Instituto Vasco de Administración Pública, 1985, p. 17 y CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas...*, p. 315. Por último, en marzo de 1977 se reunían en el I Encuentro Estatal de Asociaciones de Vecinos celebrado en Madrid 900 entidades, 420 de ellas en trámites de legalización. En GUERRERO, Manuel, *Veinte años de encuentros y desencuentros de las Asociaciones de Vecinos*, Madrid, CAVE, 1998.
- ⁴⁵ Véanse, por ejemplo, las conclusiones al I Seminario Interprofesional sobre Problemática de la Estructura Urbana en Madrid que reunió a 120 profesionales de diferentes disciplinas en junio de 1975. En ellas se recogía que «la tarea de los profesionales para el conocimiento e investigación de la problemática urbana debe estar vinculada al movimiento ciudadano, a través de sus asociaciones representativas», en CIDUR, *Madrid/Barrios...*, p. 25.
- ⁴⁶ AHGCB, Jefatura Provincial del Movimiento, «Situación del municipio de Santa Coloma de Gramanet», noviembre de 1974. Fondo Gobernadores Civiles. Caixa 205. Ayunta-

- miento de Santa Coloma de Gramanet 1974-1975.
- ⁴⁷ «1 de febrer, Barcelona per l'Amnistia. Grandiosa manifestació», *Treball*, 434 (2-II-1976) y «Manifestaciones callejeras para pedir la amnistía», *La Vanguardia*, 3-II-1976.
- ⁴⁸ ANC, ¡*Salvemos Sta. Coloma! Manifiesto ciudadano de los 51*, noviembre de 1975, Fondo PSUC, 2392, Santa Coloma de Gramanet, 1970-1975. El de Cornellà fue reproducido íntegramente en Ignasi Riera, «Una carta pública al Ayuntamiento denuncia graves problemas que sufre la población», *Diario de Barcelona*, 1-VI-1975.
- ⁴⁹ Las luchas de Bilbao se pueden seguir en Asociación de Familias de Rekaldeberri, *El libro negro...* y las de Sabadell en DOMÈNECH, Xavier, *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966-1976)*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2002 y MARTÍNEZ, Ricard, *El moviment veïnal a l'àrea metropolitana...*
- ⁵⁰ AHGCB, Carta colectiva de diversos alcaldes de la provincia de Barcelona al gobernador civil, José María Belloch, 10 de octubre de 1977. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 328. Subsecretaría de la Gobernación (a partir del 5.7.77 se denomina: Subsecretaría del Interior). 1976-1980.
- ⁵¹ MURILLO IGLESIAS, Manuel, *40 años de Rubí*, Rubí, [el autor], 1995, p. 174.
- ⁵² VVAA, *Las Asociaciones de Vecinos en la encrucijada. El movimiento ciudadano en 1976-77*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1977.
- ⁵³ OMEÑACA, Jesús, *Movimiento ciudadano: crisis*, [Bilbao, Ellacuría], 1977, p. 97.
- ⁵⁴ Sobre esta crisis final del movimiento vecinal a partir de las elecciones municipales de 1979 se han referido numerosos autores en sus respectivos estudios. Sobre Catalunya, ALABART, «Els moviments socials urbans...», RECIO y ALBERT y NAYA, Andrés, «Movimiento vecinal: Claroscuros de una lucha necesaria», *Mientras Tanto*, 91-92 (2004), pp. 63-82. Sobre el caso bilbaíno, URRUTIA, Víctor, *El movimiento vecinal...*, y sobre el madrileño, CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas...* Una perspectiva más general la ofrece VILLASANTE, Tomás R., *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1984. Más recientemente han vuelto sobre alguna de estas cuestiones CASTELLS, Manuel, «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano de Madrid» y VILLASANTE, Tomás R., «Historia del movimiento vecinal y retos para las democracias participativas», ambos en V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana...*, pp. 21-32 y pp. 231-262, respectivamente.
- ⁵⁵ Ver Colección «Caps de Setmana», *Escuelas en Lucha*, Madrid, Paideia, 1978; ALÍA, José Carlos, *Las ocupaciones de viviendas*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978 y Colectivo IPES, *Euskadi Herri Batzarrea. Asamblea de pueblo y política municipal*, Madrid, Zero, 1978.
- ⁵⁶ AHGCB, «Reunión de S.E. con Delegados de Ministerios 1977». Fondo Gobernadores Civiles. Caja 444. Reunión de S.E. con delegados de ministerios 1977.
- ⁵⁷ «La asociación y su futuro», *9 Barrios*, 1977.
- ⁵⁸ *Sant Andreu. Butlletí de l'Associació de Veïns*, diciembre 1977.
- ⁵⁹ Carta al director «Las Asociaciones de Vecinos no deben morir», *Gramma*, noviembre de 1977.
- ⁶⁰ Editorial «Asociaciones: futuro incierto», *Gramma*, julio-agosto de 1977.
- ⁶¹ Centre d'Estudis i Documentació de la Universitat Autònoma de Barcelona (CEDOC-UAB), «Ponència Política municipal i moviment popular elaborada per la Comissió del Moviment Popular i Política Municipal del Comitè Central del Partit Socialista Unificat de Catalunya, discutida en la reunió del Comitè Central dels dies 30 i 31 de juliol de 1977 i revisada i editada pel Comitè Executiu». PSUC, *Política municipal i moviment popular*, julio de 1977, Fondo PSUC, FO 10/033, p. 9.
- ⁶² CEDOC. «Informe del Comitè Executiu presentat pel company Jordi Borja», Reunión del Comité Central, 21 i 22 de octubre de 1979. Moviment Popular i Política Municipal, Fondo PSUC, FO 24/017, pp. 21-22.
- ⁶³ URRUTIA MENTXAKA, Javier, «El Barrio de Arangoiti y la Asociación de Vecinos en la transición democrática» en E. J. Alonso Olea (coord.), *Bilbao y sus barrios: una mirada desde la historia*. Vol. 4, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008, pp. 207-239.
- ⁶⁴ «Mesa redonda. Presente y futuro del Movimiento Ciudadano», *Vecindario. Bisemanario de información general para Madrid*, 1 (27-X-1977).
- ⁶⁵ AHPCE, «Hacia las elecciones municipales», 1977. Nacionalidades y Regiones. Euskadi y Navarra. Caja 72. Carpeta 1.
- ⁶⁶ BORJA, Jordi, «Comissions de partits i associacions de veïns». *Treball*, 11-IX-1977.
- ⁶⁷ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, «Pròleg» HUERTAS, Josep M. y ANDREU, Marc, *Barcelona en lluita...*, p. 9.
- ⁶⁸ RECIO, Albert y NAYA, Andrés, «Movimiento vecinal...», p. 65.

